

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE MÉXICO, MIGUEL DE LA MADRID HURTADO, CON MOTIVO DE LA VISITA DE ESTADO DEL PRESIDENTE DE ESTADOS UNIDOS, RONALD REAGAN

Excelentísimo señor presidente
de Estados Unidos de América,
Ronald Reagan;

señoras y señores:

Por sexta ocasión nos reunimos el presidente Ronald Reagan y yo para analizar conjuntamente, con un ánimo de cooperación, amistad y respeto, el estado que guardan las relaciones bilaterales entre nuestros países. Examinamos también aquellas cuestiones de carácter internacional y regional que en alguna forma inciden en el desarrollo de los vínculos norteamericano-mexicanos.

En octubre de 1982 nos encontramos, por vez primera, señor presidente Reagan, en Tijuana y San Diego. Con posterioridad, La Paz, Washington, Mexicali y Washington de nuevo, fueron sede de nuestra decisión en favor de una comunicación frecuente que impulse el entendimiento y la cooperación entre nuestros pueblos.

A lo largo de esos cinco años, nuestros respectivos gobiernos han enfrentado tiempos de cambio y desafío en las relaciones internacionales. Las tensiones en el escenario político y los desajustes e insuficiencias en el sistema económico mundial han repercutido inevitable-

mente en nuestras realidades nacionales y en las relaciones, de por sí complejas, entre nuestros dos países.

En ocasiones, hechos internacionales han magnificado el peso de la asimetría y, por lo mismo, las diferencias en intereses, percepciones y proposiciones. No obstante ello, no hemos cedido en el propósito de continuar construyendo, con base en un conjunto de afinidades, una cooperación para el beneficio mutuo. Hoy podemos afirmar que en el inicio de 1988 se testimonia, aquí en Mazatlán, un mejoramiento en el clima de nuestras relaciones y un considerable avance en el tratamiento de diversos capítulos que integran la agenda bilateral.

Mucho hemos trabajado en tal dirección. Debo, en este sentido, recordar el compromiso que asumimos usted y yo en agosto de 1986, en Washington, de realizar un esfuerzo extraordinario de comunicación entre nuestros gobiernos a fin de anticipar problemas e impulsar una atmósfera política que estimulara la cooperación en los distintos ámbitos.

A ese encuentro han seguido distintas reuniones entre funcionarios y legisladores de ambos gobiernos que, igualmente, han sido factores valiosos para mejorar la comprensión mutua sobre problemas, intereses y po-

siciones nacionales.

Ese mismo espíritu ha animado el trabajo inteligente y efectivo de nuestros respectivos embajadores. Todo ello, insisto, ha propiciado que en el último año prevalezcan los signos positivos en la relación bilateral.

Los resultados de este empeño son evidentes en cuestiones de tanta importancia como la preservación y mejoramiento del medio ambiente en la frontera, en la que se han dado avances significativos; la colaboración en materia jurídica, que ha merecido la reciente suscripción de un acuerdo: la prórroga del convenio sobre transportes aéreos; la cooperación financiera para atender el problema de la deuda externa, frente al cual el gobierno de Estados Unidos ha hecho contribuciones positivas; la cooperación cultural, científica y técnica, que es cada vez más amplia y fructífera. Asimismo, nuestros gobiernos acordaron en noviembre pasado un marco de principios y procedimientos de consulta sobre relaciones de comercio e inversión con el fin de prever problemas e impulsar los intercambios y nuevas vías de cooperación económica.

No obstante lo anterior, no podríamos desconocer que subsisten temas en el ámbito de nuestras relaciones en los que debemos redoblar nuestros esfuerzos de entendimiento y cooperación.

Por ejemplo, en la lucha contra el narcotráfico con frecuencia observamos desinformación e insuficiencias. Lo primero, porque en ciertos sectores de Estados Unidos no pareciera aún apreciarse en su justa dimensión los esfuerzos y logros de la campaña mexicana de combate al narcotráfico. Difícilmente existe otro país que emplee, en términos porcentuales, la cantidad de recursos presupuestarios, técnicos y humanos de la Procuraduría General de la República, y de las Fuerzas Armadas que México destina a esa tarea. Este puerto del Pacífico que hoy nos da hospitalidad y que muestra bien la vocación de trabajo y progreso de los mexicanos, tiene prueba de lo mucho que se ha logrado para erradicar la producción y el tráfico de estupefacientes.

En el segundo término, insistimos en que no será posible vencer al narcotráfico internacional mientras no se ataquen con similar suficiencia y eficacia la producción, la distribución y el consumo. Este último eslabón sigue teniendo un peso determinante en la cadena delictiva.

México ratifica enfáticamente su decisión de combatir, con la mayor energía, al narcotráfico, cáncer de la sociedad contemporánea y riesgo para la seguridad nacional.

En materia económica, es preciso reconocer la magnitud de los cambios estructurales que han transformado a México y que en algunos casos han representado costos sociales y sacrificios para la mayoría de la población. Debemos resaltar el negativo impacto de los desequilibrios de la economía mundial en nuestra realidad económica. La inestabilidad de los mercados financieros; el proteccionismo comercial; los inequitativos términos de los intercambios, entre otros fenómenos, dañan nuestras perspectivas de crecimiento, producción y empleo.

Observamos con especial inquietud la adopción de medidas restrictivas en las corrientes comerciales como medio para enfrentar, aunque sea temporalmente, problemas que atañen a desequilibrios monetarios, financieros o de competitividad industrial. El comercio exterior es vital para superar las dificultades que nos afectan y recuperar el crecimiento económico. Nos alienta, presidente Reagan, su firme posición contra las presiones proteccionistas que dañarían a su país y al comercio mundial.

También debo subrayar que la deuda externa continúa siendo uno de los obstáculos mayores para el desarrollo de mi país. El servicio de la misma erosiona la capacidad del país para atender las necesidades primordiales de la sociedad y continuar con los programas prioritarios de inversión en infraestructura y servicios que requiere el progreso nacional. Urge en este campo encontrar nuevas fórmulas que permitan ajustar el servicio de la deuda a la capacidad de pago de los países deudores y que les permitan impulsar su crecimiento y la recuperación de sus niveles de vida, que tanto se han afectado por esta larga crisis.

El gobierno de México seguirá enfrentando con realismo y sentido de responsabilidad, con firmeza, estos tiempos difíciles. Las respuestas seguirán dándose en un marco de consenso social que mantenga unidad y rumbo democrático.

De aquí que México, al igual que otros países de América Latina, esté intensificando la búsqueda de opciones para el desarrollo de nuestros pueblos, no sólo a través de ajustes estructurales —que sin duda son necesarios— sino también por medio de nuevas formas de concertación y cooperación regional.

La reunión que sostuvimos ocho presidentes latinoamericanos en Acapulco, México, en noviembre pasado, respondió al propósito de sumar voluntad y recursos para enfrentar conjuntamente, con mayor capacidad de influencia y negociación, los severos problemas que padecen nuestros países. Nos unió la convicción de que para preservar la estabilidad y la democracia es necesario garantizar un desarrollo económico y social sostenido y un ámbito externo de paz y cooperación. Tal planteamiento corresponde a un nuevo concepto de seguridad regional que, más allá de los datos militares o meramente ideológicos, atiende a una definición integral de la paz y el desarrollo.

En Acapulco, los presidentes de los ocho países —que en conjunto contamos con casi el 90% de la población, la producción y el territorio de Latinoamérica— acordamos procurar un diálogo constructivo con los gobiernos de los países más industrializados del orbe a fin de impulsar una colaboración efectiva que permita soluciones adecuadas a nuestros problemas.

Tales procesos constituyen nuevas formas de relaciones políticas y económicas que habrán de enriquecer la cooperación internacional, mediante la superación de las confrontaciones y conflictos y la ampliación del diálogo y la concertación.

Señor presidente Reagan:

En Acapulco, los ocho jefes de Estado de los países miembros de los grupos de Contadora y de Apoyo afirmamos que "la paz y la estabilidad en Centroamérica son cuestiones prioritarias para nuestros gobiernos, porque están en juego no sólo la consolidación de la democracia y el desarrollo con libre determinación de los pueblos centroamericanos, sino también los intereses nacionales de nuestros países".

Nos preocupa que la violencia y la inestabilidad en la región profundicen las graves insuficiencias institucionales y sociales que están en el origen del conflicto. Ello sería en detrimento de la seguridad nacional de países como México y en menoscabo de sus vínculos políticos y económicos con los pueblos centroamericanos a los que nos une geografía, historia y espíritu de solidaridad.

Por ello, no debiéramos escatimar ningún esfuerzo para conciliar posiciones y procurar soluciones negociadas que atiendan, con un sentido de equidad y equilibrio, a los intereses legítimos y esenciales de las partes en conflicto. Debemos luchar por la paz, la que sólo será posible si todos los gobiernos centroamericanos, sin excepción, cumplen con los compromisos que han suscrito al más alto nivel y en un acto soberano.

Por el valor intrínseco que tiene y por las avenidas que pudiera abrir a la paz, nos congratulamos del histórico acuerdo que suscribieron el pasado mes de diciembre, en Washington, usted, señor presidente Reagan y el señor secretario general Gorbachov. La determinación de eliminar los proyectiles de alcance corto y medio en Europa deja de manifiesto que es posible, con imaginación y voluntad políticas, encontrar caminos para alejar, primero, y cancelar después, la amenaza de destrucción que pende sobre el género humano.

El grupo de los seis jefes de Estado de la Iniciativa de Paz y Desarme que se reunió en Estocolmo, en días pasados, ofreció contribuir al proceso de desarme, mediante el establecimiento de un sistema multilateral de verificación.

Señor presidente Reagan:

En esta sexta entrevista que celebramos, en el que es

último año de nuestros respectivos mandatos, hemos reafirmado nuestro compromiso de seguir realizando el esfuerzo extraordinario de comunicación entre nuestros dos gobiernos, que ya ha producido resultados alentadores.

Los tiempos por venir seguirán siendo complejos; los desafíos estarán presentes. Es mi voluntad y seguramente la de usted, que al término de este año la atmósfera de las relaciones entre nuestros países sea de respeto, amistad y cooperación indudables. Ello es lo que conviene a la buena vecindad de nuestros pueblos y a los dos gobiernos.

Son nuestras realidades nacionales diferentes en su formación y desarrollo, pero coinciden en reconocer la más alta jerarquía a valores como la libertad, la justicia y la democracia. En todo caso, en México creemos que es privilegio de la amistad y patrimonio de la racionalidad política la posibilidad de sostener ideas distintas —cuando los intereses, las interpretaciones o las proposiciones difieren— y encontrar, no obstante, respeto y diálogo franco.

Sabemos bien que la cooperación eficaz, como la buena vecindad, no se consiguen de una vez y para siempre: exigen esfuerzo permanente nos hemos comprometido aquí, en Mazatlán, a seguir trabajando con espíritu constructivo para consolidar una relación ejemplar, confiable siempre, aun en las divergencias. Estoy seguro que el tiempo que resta a nuestros respectivos gobiernos permitirá incrementar la comprensión mutua y la cooperación equitativa en beneficio de fronteras seguras e intercambios amplios y estables. Que este sea el legado que usted y yo dejemos a nuestros pueblos.

Reitero a usted, señor presidente Ronald Reagan, mi satisfacción personal por esta cordial y constructiva reunión, al tiempo que formulo votos por su ventura personal con la convicción de que este encuentro en Mazatlán contribuirá a la prosperidad de los pueblos estadounidense y mexicano.

Muchas gracias.

Mazatlán, México, 14 de febrero de 1988.